

## ¿FASCISMO EN ESPAÑA? (La recepción en España del pensamiento jurídico fascista)

**Benjamín Rivaya**

*Universidad de Oviedo*

*Golpes  
Golpes y siempre golpes,  
Golpes, golpes y golpes,  
Golpes sin cuento*

*Estribillo de los Moschettieri del Duce*

SUMARIO: 1. *La dictadura de Primo de Rivera: la primera recepción del fascismo jurídico.* 1.1. La primera oposición al fascismo.—2. *La Segunda República.* 2.1. La recepción del pensamiento jurídico fascista. 2.2. La oposición al fascismo. 2.2.1. La oposición socialista. 2.2.2. La oposición democristiana.—3. *La Guerra Civil.*—4. *El primer franquismo: ¿auge del fascismo jurídico?*—5. *Conclusión: Notas de la filosofía jurídica fascista que se recibió en España.*—6. *Abreviaturas.*—7. *Bibliografía.*



N 1943, Luis Legaz Lacambra afirmaba tajantemente que el régimen totalitario de Mussolini no había sido capaz de elevar una «ciencia jurídica fascista», expresión con la que también parecía referirse a la filosofía del Derecho, aunque reconociera que su teoría social y política, «corporativista», había dado «una inagotable bibliografía» (Legaz, 1943, p. 131). Parecía que el fascismo tenía la obligación de

elaborar, además de un nuevo orden jurídico, una teoría del Derecho y, sin embargo, cuando Legaz escribía aquello ya habían transcurrido casi veinte años desde que se produjera la marcha sobre Roma. ¿Acaso el fascismo italiano no elevó, como el alemán, un pensamiento jurídico propio o, en un sentido menos específico, un pensamiento político y social que incidiera de manera inmediata sobre la teoría del Derecho? Y si lo hizo, ¿fue recibido en España <sup>1</sup>?

## 1. LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA: LA PRIMERA RECEPCIÓN DEL FASCISMO JURÍDICO

Cuando Primo de Rivera tomó el poder en España, en 1923, en Italia Mussolini llevaba casi un año al frente del gobierno. Desde luego, no era mucho tiempo para que se hubiera llevado a cabo una actividad legislativa y doctrinal renovadora, pero aquí hubo pronta noticia de las novedades, al menos de buen número de ellas, cuando Lorenzo Mossa, un profesor de la Universidad de Cagliari, se dedicó desde 1925 a informar año por año de la legislación, bibliografía y jurisprudencia del Derecho Privado italiano, y así hasta 1942 nada menos. Amén de que la información tuviera un innegable carácter técnico y de que, además, se ciñera sólo al Derecho Privado, lo cierto es que la primera «Reseña crítica» podía sorprender a los juristas españoles, ya bajo la dictadura.

---

<sup>1</sup> Me refiero al italiano, pues por lo que toca al que hoy se tiene por paradigma del fascismo, el alemán, ya analicé la introducción en España de su teoría jurídica, en un artículo titulado «La reacción contra el fascismo (La recepción del pensamiento jurídico nazi en España)», en curso de publicación (AFD). Por lo que se refiere a la, en sentido amplio, filosofía jurídica fascista, que yo sepa existe muy poca bibliografía, lo que evidencia su carácter menor, fragmentario, incluso inexistente, según algunos. Al respecto, *vid.* Guido FASSO, *Historia de la filosofía del Derecho 3* (trad. por José F. Lorca Navarrete), Madrid, Pirámide, 1988 (422 pp.), pp. 255-257; Elías DÍAZ, «Sustanciación de lo colectivo y Estados totalitarios», AFD VIII, 1961 (pp. 77-118); *Estado de Derecho y sociedad democrática*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1979 (204 pp.), pp. 57-78; Paolo UNGARI, *Alfredo Rocco e l'ideologia giuridica del fascismo*, Brescia, Morcelliana, 1963 (136 pp.); Aldo LO SCHIAVO, *La filosofia politica di Giovanni Gentile* (trad. por Dolores Palá Berdejo), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975 (394 pp.); Emilio GENTILE, *Le origini dell'ideologia fascista*, Roma, Laterza, 1975 (476 pp.); *La via italiana al totalitarismo. Il Partito e lo Stato nel regime fascista*, Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1995 (321 pp.); Raffaele TETI, *Codice civile e regime fascista. Sull'unificazione del diritto privato*, Milano, Giuffrè Editore, 1990 (252 pp.); Roger CAMPIONE, «Notas sobre el fascismo jurídico» (inédito). Respecto a las comparaciones y relaciones entre la España y la Italia de la época que se trata, hay una abundante bibliografía, a veces demasiado específica para los propósitos de este trabajo. Sí conviene apuntar un par de títulos tenidos en cuenta: Stanley G. PAYNE, «La derecha en Italia y en España (1910-1943)», en Stanley G. PAYNE (ed.), *Política y Sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal, 1978 (pp. 185-203); Stanley G. PAYNE, *Historia del fascismo* (trad. por C. Boune y V. Alba), Barcelona, Planeta, 1995 (757 pp.).



Mossa dejaba noticia del viejo interés que existía en Italia por reformar los códigos, lo que evidentemente no era nuevo, pero también de los asombrosos poderes que se estaba arrogando el Gobierno para llevar a cabo las modificaciones necesarias: «Esta absoluta incompetencia parlamentaria parece que repugna al sistema legislativo moderno, cuando, por el contrario, parecería conforme a una buena técnica legislativa el someter los códigos, en conjunto, para ser aprobados o rechazados por el órgano legislativo». Además, resultaba que también a las autoridades administrativas se le estaba otorgando un poder excepcional como si fuera normal, pues conforme a la nueva ley a ellas correspondía «vigilar» cualquier tipo de asociación o corporación, pudiendo incluso «liquidarlas» (Mossa, 1925, pp. 209-211). En el ámbito doctrinal se quejaba del escaso nivel de la «utilitaria» doctrina italiana, lo que no era ajeno —decía— al estado de tensión política que agitaba a «todas las capas sociales, y en grado máximo la de los intelectuales, distrayéndolos seguramente de los estudios de carácter teórico» (Mossa, 1925, pp. 214-215)<sup>2</sup>.

Por lo demás, al poco tiempo de instaurarse el fascismo en Italia comenzaron a aparecer en España libros que dejaban noticia de lo que estaba ocurriendo en el otro país mediterráneo<sup>3</sup>. Por citar dos de ellos, Vicente Clavel se ocupaba de exponer el *Ideario de Benito Mussolini*, aunque peculiarmente. Lo que importa es que, en palabras del *Duce*, se apuntaba el rasgo que iba a ser definitorio del fascismo: «¿Después de todo —parece que había dicho—, ¿qué importa el contenido teórico de un partido? Lo que le da la fuerza y la vida es su tonalidad, su voluntad, el alma de los que lo constituyen» [Clavel, 1923, p. 82]. Pero lo que llama la atención es que el autor parecía despreciar a «los reaccionarios españoles» y, contra ellos, decía que el fascismo era «liberal, liberalísimo y demócrata» (Clavel, 1923, pp. 146-147)<sup>4</sup>. En el propio libro de

<sup>2</sup> Mossa, sin embargo, evolucionaría en un sentido favorable al fascismo y asumiría en buena medida su ideología jurídica. Pueden verse el contenido de las conferencias que pronunció en Madrid, en la Universidad Central: MOSSA, 1933.

<sup>3</sup> Esa bibliografía está comentada en BOSELLI, 1925.

<sup>4</sup> Por poner un ejemplo en contrario, a Fernando Pérez Bueno, catedrático de Filosofía de Derecho en la Central, se le tuvo por precursor del fascismo: «un precursor, un vidente, un metereólogo político, ya que vaticinó la victoria del fascismo italiano cuando en España nadie sabía lo que era»: BOSELLI, 1925, p. 244. Carlo Boselli se refería a un libro de Pérez Bueno, *Actualidad política*, que recopilaba artículos escritos y discursos pronunciados antes de que Mussolini y Primo de Rivera tomaran el poder. Curiosamente, el libro era una buena expresión de los anhelos de la extrema derecha, es decir, absolutamente antiliberal. Abogaba por el Ejército y la Guardia Civil (pp. 9-10), pedía un gobierno militar (p. 14) y se encendía contra «radicales, masones, revolucionarios, «demócratas» (p. 11). El centro de sus ataques, el Parlamento, «condensación de la carroña de los partidos y la asamblea más inepta que pueda imaginarse para el gobierno de un Estado» (p. 51). El «parlamentarismo está chocho y podrido», sen-

Clavel quedaba claro que aquello no tenía sentido, pero en cualquier caso al año siguiente se publicó otro que lo decía de forma tajante: incluso más que contra el socialista, el fascismo se dirigía contra el Estado liberal, al que se proponía destruir (Russo, 1924, pp. 139-146).

Mientras la información sobre el régimen italiano iba llegando a España, la dictadura de Primo de Rivera trataba de estabilizarse por medio de diversas instituciones. Así, en el problemático mundo laboral se ensayó un intento corporativo que presentó ciertas similitudes con el fascista<sup>5</sup>. El impulsor del proyecto fue el ministro de Trabajo, Eduardo Aunós, quien precisamente para conocer la más moderna organización corporativa, se había trasladado a Italia en 1926 (Aunós, 1944, p. 58). Al igual que el italiano, es cierto que el corporativismo español se presentó, frente al liberalismo y al socialismo, como una tercera vía, y que pretendió ser la solución a los conflictos sociales, pero también que en el origen de la obra legislativa de Aunós se hallaban muy diversas fuentes, no siendo la mussoliniana la más importante<sup>6</sup>. Por lo que sé, la Organización Corporativa Nacional, aunque estatista, no lo fue tanto como la italiana. En cualquier caso, el auge corporativista hizo que penetrara en España la doctrina jurídica y política de la Italia de aquellos años, pero también de otros lugares<sup>7</sup>. El mejor ejemplo de esto lo constituyó la traducción de *Esperienza Corporativa*, de Bottai, ministro fascista de Corporaciones que había visitado España en 1927 (Rivera Pastor, 1929, p. XII). El corporativismo italiano, en su voz más autorizada, se vertía al castellano (Bottai, 1929).

Otro ejemplo de esto se encuentra en la *Revista de Política Social*, subtitulada *Órgano del Movimiento Corporativo Español*, que apareció en enero de 1928, dirigida por un filósofo del Derecho, Francisco Rivera Pastor. Que surgía en el ámbito del Ministerio de Trabajo es evidente<sup>8</sup>, cuando contenía un apén-

---

tenció (p. 51): PÉREZ BUENO, 1925. Si ese pensamiento tenía algo que ver con el fascista, y parece que sí, entonces resultaba evidente que el fascista no era un régimen «liberalísimo y democrata», como decía Clavel.

<sup>5</sup> Así lo declaraba en Italia Ernesto Giménez Caballero, para quien la organización española se construyó «a semejanza de la italiana»: GIMÉNEZ CABALLERO, 1932, p. 839.

<sup>6</sup> Al respecto, creo que la mejor y más completa investigación llevada a cabo es la de Alfredo MONTÓYA MELGAR, *Ideología y lenguaje en las leyes laborales de España: la Dictadura de Primo de Rivera*, Murcia, Universidad de Murcia, 1980 (62 pp.), pp. 7-31.

<sup>7</sup> Téngase en cuenta que hubo varias tendencias corporativas no siempre iguales, aunque a veces se resaltarán más las semejanzas y a veces las diferencias. Vid. Giovanni TARELLO, *Cultura jurídica y política del Derecho* (trad. por Isidro Rosas Alvarado), México, FCE, 1988 (439 pp.), pp. 323-334.

<sup>8</sup> En la *exposición de motivos* de la nueva revista se hacía saber que publicaciones semejantes, creadas por los Ministerios correspondientes, eran habituales en otros países: Italia, Austria, Checoslovaquia, etc. Vid. «Origen, funciones y organización de la «Revista de Política Social», RPS 1, enero de 1928 (p. 3-7), p. 5. En cualquier caso, el propio Ministerio llevó a cabo una labor doctrinal, tanto en Italia como en España: AUNÓS, 1930, p. V.

dice con el Boletín Oficial de ese Ministerio, y cuando la revista se abrió con un artículo de Eduardo Aunós, quien seguiría colaborando durante toda la existencia de aquélla, que yo sepa hasta marzo de 1929. Lo que demostraba la publicación era que el corporativismo se había convertido en una moda. Además de los estudios que allí se incluían, en sus páginas se dejaba noticia de una inmensa bibliografía, conferencias, coloquios y otros actos alrededor de la idea corporativa. Una moda europea, y no sólo italiana, aunque también se die- ra cuenta de la organización corporativa de Mussolini. Sobre todo Giménez Caballero, claro, quien desde un principio se ocupó con la sección de crítica bibliográfica. Probablemente fueran Ernesto Giménez Caballero y los que colaboraban con él en reseñar libros los que representaban una dirección más fascista, mientras que la mayoría de los autores eran conservadores muy in- fluidos por la doctrina social de la Iglesia y que, en general, muy pronto habí- an dado su apoyo a la dictadura (Severino Aznar, Rafael Altamira, Mariano González-Rothvoss, León Martín Granizo, Luis Jordana de Pozas, etc.). Por lo demás, y curiosamente, la revista tuvo su representación feminista, pues Clara Campoamor, Margarita Nelken y Victoria Kent publicaron en ella diversos ar- tículos.

### 1.1 La primera oposición al fascismo

Pero a la vez que en España se observaba cierta atracción por el novísimo fascismo italiano, sobre todo por su carácter dictatorial y por su experiencia corporativa, también durante la década de los veinte surgió una decidida opo- sición intelectual<sup>9</sup>. Quien encabezó ésta, Ángel Ossorio, abogado y político maurista de gran prestigio, tras el asesinato de Eduardo Dato había pasado a di- rigir la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, y en ella imprimió su personal sello; en este caso se ve que Ossorio quiso que quedara noticia sobre el fascismo, también en perspectiva jurídica, y se publicaron diversos artículos sobre el particular, algunos de extraordinario interés. Un par de ellos escritos por italianos del Partido Popular juzgaban de distinta forma el fenómeno. En cualquier caso alumbraban las características del nuevo movimiento italiano. Por un lado su irracionalismo interesado: resultaba que se trasladaban sin pro-

---

<sup>9</sup> Cabe destacar el libro de Alicia Garcitoral, *Italia con camisa negra*, pues su crítica enlaza con la ambivalente teoría dictatorial fascista: ésta «repudia al pensamiento porque no está a su lado; la legali- dad, porque le restaría poder; la libertad, porque se vería arrollada; la franqueza, porque tendría que re- tirarse» (GARCITORAL, 1930, p. 159).

blema «de la extrema izquierda a la extrema derecha» (Romanus, 1924, p. 670). Por otro, su exagerada afirmación del valor moral del Estado, un Estado «consciente y volitivo» frente al cual «el individuo, el grupo y la misma clase, no son casi nada» (Valente, 1926, pp. 483-484). Pero lo que importa más es que en la misma revista se comentaron las principales novedades legislativas italianas.

La primera colaboración de este tipo tuvo —creo yo— enorme importancia. Ossorio había requerido a varios catedráticos españoles de Derecho Político para que dieran su opinión sobre las leyes superfascistas <sup>10</sup>. Éstas, las llamadas *leggi fascistissime*, obra de Alfredo Rocco <sup>11</sup>, se habían promulgado a fines de 1925 y lo que hacían era otorgar un enorme poder, de hecho ya ilimitado, a Mussolini y su Gobierno. Fernando de los Ríos dijo que no había nada de nuevo en semejantes leyes, y acertó al señalar el fin que las movía: anular «el Derecho público liberal y democrático», que se expresa en el respeto «a la personalidad humana, a la vida de la conciencia, a la tolerancia y a la participación indirecta de todos en la elaboración de las reglas jurídicas». Más radical aun, Mariano Gómez González opinaba que ni tales leyes eran leyes, ni era el Parlamento italiano un Parlamento. «Las dictaduras de nuevo cuño, como ésta, quieren aparentar que no lo son y toman, al efecto, del constitucionalismo y de la democracia, el vocabulario». En fin, un producto «de los extravíos sufridos por el pensamiento político en este desconcertante período de la *post-guerra*», e inadmisibles para cualquier espíritu democrático. Arias de Velasco, el catedrático de Oviedo, tampoco las juzgaba bien, pero acudía a una argumentación peculiar, franciscana en el más estricto sentido del término. «Porque, amigo mío —concluía—, el mundo moderno se muere irremisiblemente y se muere del gran mal que es la Economía». El último, Carlos Ruiz del Castillo, era más mesurado; no porque valorara el fascismo italiano (al fin y al cabo él era un conservador, y lo comparaba con el comunismo ruso, a la vez que decía que se trataba más de una *manera* que de un *principio*), sino porque admitía que éste lo que trataba de hacer era dar respuestas a los males de la democracia,

<sup>10</sup> El mismo Ossorio ya había dado su opinión al respecto: esas leyes le producían vergüenza (OSSORIO, 1925, p. 544).

<sup>11</sup> Junto con su hermano Arturo, Alfredo Rocco ha pasado a la historia del Derecho como el gran jurista del fascismo. Ministro de Justicia durante años, a él se deben normas fundamentales, como las leyes superfascistas o el Código Penal. En el ámbito doctrinal también publicó diversos trabajos, pero, que yo sepa, no fueron traducidos al castellano. Quizás el más importante fuera *La trasformazione dello Stato*, de 1927, que si bien no se vertió a nuestra lengua, fue muy comentado en los ámbitos académicos: vid. las interesantes recensiones de J.G. DE LA SERNA FAVRE, en *RdO*, tomo XVIII, octubre.-diciembre de 1927 (pp. 121-129), y de E. GIMÉNEZ CABALLERO, en *RPS* 7-8, julio-agosto de 1928 (p. 71-74).

y mientras que aquéllas le parecían erradas, éstos creía que eran ciertos (de los Ríos, Gómez González, Arias de Velasco y Ruiz del Castillo, 1926)<sup>12</sup>. El documento tiene excepcional valor y muestra que la doctrina jurídica liberal en ningún momento miró con buenos ojos la experiencia subversiva fascista. Además en la revista también se dejó información del proyecto de Código Penal, y de la reforma del Derecho matrimonial, que lo adecuó al Concordato (Jemolo, 1929)<sup>13</sup>. Interesa conocer la información que aquí apareció del rumbo que tomaba el Derecho Penal italiano. Resultaba que, como regla general, el que luego será conocido como Código Rocco, seguía los postulados de la escuela clásica, si bien introducía novedades basadas en el principio de defensa social: incluso se acogía la tesis lombrosiana del *criminal nato*, a la vez que se extremaba la severidad de las penas y el número de las medidas de seguridad, se ampliaban los delitos políticos y contra la moralidad y las buenas costumbres (Cuello Calón, 1927).

Pero Ángel Ossorio no sólo propició la información y el debate, sino que también mostró su abierta oposición al fascismo. Ya en 1925 había afirmado que el fascismo, al igual que el comunismo, constituía un atentado contra el Derecho. «¡Bah! Con ropón doctoral o con blusa obrera, con léxico científico o con lenguaje desvergonzado de *arditi*, todo eso no es, en resumen, sino una idea vieja, tan vieja como el mundo: el retorno al absolutismo» (Ossorio, 1925, p. 545). Ese mismo año, en el prólogo al libro de Cambó sobre el fascismo, dijo que Mussolini había puesto a debate «el secular antagonismo entre la fuerza y el Derecho» (Ossorio, en Cambó, 1925, p. 17-18), y es fácil de imaginar el término que le asignaba al *Duce*. Algo después publicaría, en una editorial que él mismo dirigía, *Estudios Políticos, Sociales y Económicos*, una obra que llevaba por título *Un libro del abate Sturzo*, en referencia a Italia y el fascismo. En él, Ossorio se despachaba otra vez contra el totalitarismo mussoliniano, y advertía contra él «a cuantos luchan por el Derecho como regulador insustituible de las sociedades políticas» (Ossorio, 1928, p. 10). Al igual que al de Primo de Rivera, acusaba al fascista de ser un régimen antijurídico, que ni siquiera llegaba a la categoría de dictadura. La dictadura exigía ciertos requisitos legales que no se daban en Italia: «se comprenderá que el fascismo no es

<sup>12</sup> Téngase en cuenta que estas opiniones se exponían mientras España se hallaba bajo la dictadura de Primo de Rivera, y que muchas de ellas eran aplicables al caso español, no por fascista sino por dictatorial. Conectando con la crítica de Mariano Gómez, parece ser que fue Mussolini quien recomendó a Primo de Rivera, para hacerse más presentable en el exterior, la creación de un Parlamento.

<sup>13</sup> En esta línea seguirían apareciendo artículos más adelante; por ejemplo sobre el nuevo código de procedimiento civil (DE LA PLAZA, 1941), o sobre el contencioso administrativo (ROYO VILLANOVA, 1941).

propiamente dictadura, sino arbitrariedad, capricho, soberbia, tiranía, en fin. Tiranía que culmina en el pavoroso dilema: o sumisión o revolución» (Ossorio, 1928, pp. 120-127). Sin que lo citara, el Derecho natural servía de patrón para medir la justicia del fascismo. A los dos años, un penalista, Mariano Ruiz-Funes, traducía al castellano el libro comentado de Sturzo, eminentemente histórico. Este describía al fascista como «un movimiento sentimental más que intelectual» (Sturzo, 1930, p. 83) y a Mussolini como un espíritu simple que podía «pasar de una posición a otra, de una teoría a otra, rápidamente, sin continuidad, sin pesar, sin remordimientos» (Sturzo, 1930, p. 100). También dejaba noticia de las tesis de Gentile, fundador del totalitarismo: «el Estado es una realidad ética que se confunde con el gobierno, cuya actividad es, a la vez, fuerza, ley y moral» (Sturzo, 1930, p. 105). Por fin, comparaba fascismo y bolchevismo, pues mostraban —decía— un paralelismo asombroso (Sturzo, 1930, pp. 176-182).

## 2. LA SEGUNDA REPÚBLICA

### 2.1 La recepción del pensamiento jurídico fascista

Si bien durante la dictadura se recibió el pensamiento fascista, fue durante la República cuando esa introducción se hizo más sistemática. Hay que apuntar dos vertientes, la de las traducciones y la de las obras propias explicativas o comentadoras del sistema italiano. En cuanto a las primeras, no me refiero ahora a posibles obras específicas de una hipotética jurisprudencia fascista, sino a los escritos del mismo jefe, los de Mussolini. Es cierto que ya antes habían sido traducidos algunos, pero ahora aparecieron sus *Escritos y Discursos*, nada menos que ocho gruesos volúmenes que contenían buena parte de la producción escrita del *Duce*<sup>14</sup>. Entre ésta había artículos y comentarios que se referían al Derecho pero que, por ser de circunstancias, difícilmente puede mostrar las directrices de una teoría. Luego se hará referencia a ello, pues primero hay que comentar la obra básica de la filosofía fascista, *La doctrina del fascismo*<sup>15</sup>, escrita por Giovanni Gentile para la *Enciclopedia Italiana Trecca-*

<sup>14</sup> Téngase en cuenta que la *Opera omnia* de Mussolini consta de 36 vols. (Firenze, 1951-1963).

<sup>15</sup> Este opúsculo fue traducido al castellano en multitud de ocasiones (probablemente ya por aquellos años funcionaba el *Istituto Italiano di Cultura*). Aquí se cita por la edición de *Escritos y Discursos*: MUSSOLINI, 1935.



ni, pero firmada por Mussolini <sup>16</sup>. La doctrina del fascismo se presentaba como «una concepción orgánica del mundo», una cosmovisión completamente variable y que podía ser transformada por completo («porque el mañana es un algo misterioso e inopinado») <sup>17</sup>. Se trataba, eso sí, de una cosmovisión negativa: anti-liberal, anti-racionalista, anti-socialista, anti-anarquista, anti-democrática. En contra, afirmaba el organicismo, el historicismo y el vitalismo, el corporativismo y el nacionalismo, el estatismo, el elitismo. De entre todas las notas sobresalía claramente el desprecio por el liberalismo y el individualismo, ideologías que implicaban —venía a decirse— el gusto por la «vida cómoda», tranquila, incluso cobarde, sin más fin que el propio provecho. Sacrificio, riesgo, combate, éstos eran los ideales del fascismo. Frente al liberal, «para el fascista todo está en el Estado, y nada de humano o espiritual existe —y menos tiene valor— fuera del Estado. En tal sentido, el Fascismo es totalitario, y el Estado fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y robustece toda la vida del pueblo». Hay que suponer que el Derecho fascista, producto de ese Estado ético <sup>18</sup>, se revestiría de las más altas virtudes (Mussolini, 1935, VIII, pp. 69-99).

La inevitable pregunta por el carácter iusnaturalista o positivista del fascismo jurídico, no tiene respuesta. Primero pudiera pensarse que, puesto que el Derecho aparece como un producto del Estado, sin que se haga referencia a otra posibilidad, lo que le corresponde es el positivismo estatista, afirmación que casaría con el pensamiento de algunos que habitualmente se tienen por predecesores del fascismo <sup>19</sup>. Ahora bien, ya que se trata de un Estado caracterizado por la «eticidad», hay que suponer que sus mandatos serán conformes a otros más importantes y, en ese sentido, lo que le conviene al fascismo jurídi-

<sup>16</sup> El origen de la filosofía fascista lo explica bien George Sabine, para quien cuando Mussolini, por razones simplemente oportunistas, sintió la necesidad de elaborar un cuerpo de doctrina, se lo encargó a Gentile. Éste, que «tenía a mano la teoría hegeliana del Estado», decidió utilizarla. El hegelismo fascista, en fin, no sería «más que una pose»: George SABINE, *Historia de la teoría política* (trad. por Vicente Herrero), Madrid, FCE, 1987 (677 pp.).

<sup>17</sup> Ya sabemos que es ésta una nota básica del fascismo, que no se sometía a ningún límite. La expresa bien Gentile en el único libro suyo del que tengo noticia que se tradujo por aquel entonces en España: «Ningún programa, pues, preestablecido. La actividad espiritual no funciona sino en plena libertad» (GENTILE, 1936, p. 77).

<sup>18</sup> Estado ético que no se conformaba con dar leyes, sino que también se erigía en «educador y promotor de vida espiritual».

<sup>19</sup> Algunos de los que hoy se consideran más importantes precedentes intelectuales del fascismo (Mosca, Pareto, Sorel) mantuvieron una visión radicalmente conflictualista de la sociedad, de la que se derivaba un férreo positivismo jurídico para el que la distinción del Derecho y la violencia sólo sería una cuestión de «punto de vista»: A. James GREGOR, *The Ideology of Fascism. The Rationale of Totalitarianism*, New York, The Free Press, 1969 (493 pp.).

co es el iusnaturalismo. En una ocasión, en un discurso ante el Senado, Mussolini dijo que eternas no había más «que las leyes religiosas. El Decálogo, por ejemplo —continuó—, es inmanente, hecho por aquel Moisés que Dante llamó *legista sapiente*; diez artículos aplicables a todos los pueblos, a todas las altitudes, longitudes y latitudes» (Mussolini, 1935, VI, p. 178). Iusnaturalismo cristiano, ¿no? Sin embargo, en una nota que aparecía en *La doctrina del fascismo* (y que sí es atribuible al *Duce* y no a Gentile) Mussolini decía que sólo llegaría la paz a las naciones cuando éstas se abandonaran al ideal cristiano de la fraternidad universal, y luego reconocía no creer demasiado en ese ideal (!!), «pero no lo exlujo —concluyó—, porque yo no excluyo nada» (Mussolini, 1935, VIII, p. 74, n.). En fin <sup>20</sup>.

Pero siguiendo con el tema de la recepción, no cabía esperar que fueran juristas y políticos liberales o progresistas quienes se dedicaran a introducir la difuminada visión fascista del Derecho. Había que suponer que los que se ocuparan con esa tarea se adscribieran a otra opción política, quizás los conservadores. De éstos, sin embargo, tampoco todos, pues muchos de ellos se adherían a la doctrina jurídica eclesial y poco interés sentían por cualquier otra dirección. Cabían dos posibilidades no excluyentes: que los integrantes y simpatizantes de *Acción Española* se encargaran de esa empresa o, más propiamente, que fueran los fascistas españoles, jonsistas y falangistas, quienes lo hicieran. Sin embargo estos últimos eran minoritarios en el panorama político y, si bien es cierto que Primo de Rivera, Onésimo Redondo o García Valdecasas eran juristas, tampoco contaban con un nutrido grupo de teóricos entre sus filas. Así todo, quien sí dejó apuntes sobre su concepción del Derecho fue José Antonio, que por ser el líder de la Falange tenían especial interés; pero también es cierto que de ellos no cabe ni extraer un visión nacional-sindicalista de lo jurídico ni observar el influjo de una jurisprudencia fascista italiana <sup>21</sup>. El hijo del

<sup>20</sup> En un capítulo de *El fascismo expuesto por Mussolini*, titulado «Fascismo y Derecho», el *Duce* expresaba su escepticismo jurídico: «Se habla a menudo de *programas jurídicos*, que encuadren y encaucen el movimiento político de la nación. ¡Es demasiada la candidez que esto implica! No son planes de rápida salvación los que faltan a Italia, sino hombres de buena voluntad». Luego afirmaba el Estado de Derecho, un peculiar Estado de Derecho «que lo abarque todo; que esté por encima de todo; que lo proteja igualmente todo; que, en fin, se levante, con derecho omnipotente, contra quien ponga mano en su soberanía imprescriptible». Por fin, se enfrentaba al liberalismo jurídico: «En todos los países políticamente atenidos al derecho liberal e individualista, reinan la incertidumbre, la inquietud y el malestar moral, que viene a añadirse al malestar material. Los pueblos, aun los de la civilización más antigua y mejor organizados jurídicamente, parecen masas sin guía e inseguras de sus destinos. Nosotros no, porque hemos tenido el valor de reemplazar la legalidad democrática por una legalidad nueva» (MUSSOLINI, 1934b, pp. 222-231).

<sup>21</sup> Sin duda la Falange estuvo influida por el fascismo italiano, incluso José Antonio prologó lau-

dictador mostró en varias ocasiones el conocimiento que poseía de la iusfilosofía neokantiana: de Stammler parecía aceptar su concepto del Derecho («un modo de querer entrelazante, autárquico, legítimo», según las palabras del falangista), mientras que con Kelsen reivindicaba la pureza de la teoría jurídica, si bien reconocía que una cosa era ser un técnico en Derecho y otra pretender que ese mismo Derecho sirviera para adoptar decisiones vitales (Primo de Rivera, 1964, pp. 17-18 y 697-701). En cualquier caso se enfrentó al positivismo, pues la justicia y la verdad eran —dijo en el discurso de la Comedia— «categorías permanentes de la razón» (Primo de Rivera, 1964, pp. 37-38 y 61-69). Desde luego, si había un pensamiento jurídico propiamente fascista, mussoliniano, el jefe falangista parecía ajeno a él. Tal vez lo había, pero negativo, y no en el sentido de que se condenara el Derecho, sino en el de que lo propio del fascismo no era el espíritu jurídico. El de éste lo expresó bien Giménez Caballero al trazar una semblanza de Curzio Malaparte: «Ha llevado y lleva una vida de peligros y aventuras constantes. Duelos, guerra, amores, deporte. Sus entusiasmos mayores son el automóvil de carrera, el ski, la esgrima y la vida rural de Florencia» (Giménez Caballero en Malaparte, 1929, p. XXVI)<sup>22</sup>. Ese era el modelo fascista; nada que ver con el Derecho.

En la extrema derecha y sus aledaños, en cambio, había quien sí podía encontrarse interesado en la recepción del pretendido fascismo jurídico<sup>23</sup>. Al fin y al cabo, los neoalfonsinos de *Acción Española* y otros radicales parecían sentir una poderosa atracción por todo lo que venía de Italia<sup>24</sup>. En efecto, en la revista aparecieron trabajos de Pietro Giovannini Wulderk, Carlo Costamagna y Giorgio Del Vecchio<sup>25</sup>. El atractivo que el fascismo despertaba en los ultra-

---

datoriamente un libro de Mussolini (el «Héroe hecho Padre» le llamó) (José Antonio PRIMO DE RIVERA, en MUSSOLINI, 1934a, p. 14), pero una misma dirección no implicaba coincidencia de fondo en todo.

<sup>22</sup> Que el fenómeno jurídico era algo secundario para el espíritu fascista lo demuestra *La nueva catolicidad*, de Giménez Caballero. Salvo en un capítulo titulado «La unidad jurídica», donde sólo se apuesta por la construcción europea, en esta obra para nada se ocupa con el Derecho (GIMÉNEZ CABALLERO, 1933). Por cierto que un filósofo del Derecho, Alfredo Mendizábal, vio en este libro «una nueva herejía del catolicismo en España» (MENDIZÁBAL, 1935, p. 47). La crítica enlaza con las que luego veremos de la democracia cristiana.

<sup>23</sup> Creo que en este grupo habría que incluir a Vicente Gay, quien defendió que la teoría del Derecho fascista, anti-formalista y sociológica, se encontraba en la doctrina «integralista» de Rodolfo Smend (GAY, 1933, pp. 239-291). Sobre la cuestión del fascismo de Smend puede verse una última lectura en Juan Antonio GARCÍA AMADO, «Estudio Preliminar» a Hans KELSEN, *El Estado como integración. Una controversia de principio* (trad. por J. A. García Amado), Madrid, Tecnos, 1997 (pp. IX-XXXI).

<sup>24</sup> Sobre la relación entre *Acción Española* y el fascismo italiano, vid. Raúl MORODO, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza, 1985 (227 pp.), pp. 100-107.

<sup>25</sup> También se publicó en *Acción Española* «La doctrina del fascismo», el principal trabajo teóri-

conservadores españoles era debido al repudio que ambos sentían por el liberalismo y el socialismo, y dado que esas ideología se reflejaban en el mundo del Derecho, la doctrina jurídica fascista bien podía servir a los mismos propósitos que la de los de *Acción Española*, combatir los «falsos dogmas» jurídicos. «Los falsos dogmas» precisamente era el título de una sección de la revista que se dedicaba a criticar todas aquellas ideas del mundo moderno que entendían incompatibles con su cosmovisión reaccionaria. Con la ley, una de esas ideas, se ocupó Víctor Pradera. Lo que impugnó fue la ley elaborada por un Parlamento democrático: «que la ley sea la voluntad de uno o de muchos, no la muda de especie y tan reprochable puede ser como voluntad del Príncipe, que como voluntad de una Asamblea» (Pradera, 1932, p. 19). Realmente —a su juicio—, Dios era el primer legislador, y en sus mandatos habían de fundamentarse los humanos para ser jurídicos: «Sin un fundamento, puesto por el mismo Dios, la ley no lo sería más que de nombre»; solamente «cuando se afirma que en la ley existe un fundamento divino, la obediencia es razonable» (Pradera, 1932, pp. 20-21). La cuestión es —dijo— que el pueblo está incapacitado para la labor legislativa, que sólo algunos hombres de «inteligencia superior» pueden asumirla (Pradera, 1932, p. 13)<sup>26</sup>. No es extraño que hubiera coincidencias entre la extrema derecha española y el fascismo, pero, aunque habitualmente se obviarán, también existían profundas discrepancias<sup>27</sup>. En cambio,

---

co del fascismo, escrito por Gentile, como sabemos, pero firmado por Mussolini (trad. por Carlos Fernández Cuenca): AE 31, 16-VI-1933 (pp. 9-22) y AE 32, 1-VII-1933 (pp. 113-125).

<sup>26</sup> Amén de la fundamentación religiosa, la idea elitista la expresaba también radicalmente Mussolini: «Para mí, la multitud no es más que un rebaño de carneros mientras no está organizada. En manera alguna soy enemigo suyo. Sólo niego que pueda gobernarse por sí sola» (MUSSOLINI, en LUDWIG, 1932, p. 121).

<sup>27</sup> Lo apuntó Emiliano Aguado en un artículo donde, por lo demás, alababa al fascismo: «Que el fascismo carece de estas trascendencias es algo que nadie pone en duda, porque si no es antirreligioso, tampoco es religioso; es, sencillamente, arreligioso», y luego volvió a decir que al fascismo se le escapaba «la dimensión religiosa del hombre» (AGUADO, 1934, pp. 801 y 803). La cuestión era fundamental para los de *Acción Española*, incluso para la teoría del Derecho que parecían manejar, de clara raigambre teocéntrica. Tan importante era que el propio Marqués de la Eliseda tuvo que escribir un libro para desmentir tales incompatibilidades. «Algunas exaltaciones fascistas tienen en algún momento cierto ambiente pagano. Pero todo esto no contradice la afirmación de que el fascismo es en el fondo católico, y significa la restauración en el mundo de los principios de la civilización católica». Y después: «el Fascismo, lejos de representar la permanencia de la idea cesarista, tiene necesaria y fatalmente que pedir como remate al sistema la presencia de un rey hereditario en la cúspide del Estado» (MARQUÉS DE LA ELISEDA, 1935, pp. 165 y 203) El reparo también se vislumbra en otras muchas ocasiones. Por señalar el caso de un joven que luego regiría durante años los destinos de la academia iusfilosófica española, Francisco Elías de Tejada, al recensionar el libro de C. Valenciani, *Le Corporatisme fasciste*, indicó que había que leerlo con precauciones, dado el «exaltado fervor mussoliniano» del autor» (RDPub 51, marzo de 1936, p. 103).

la identidad era casi absoluta entre el fascismo español y el italiano, y de eso también quedó constancia en *Acción Española*<sup>28</sup>.

En cualquier caso, de *Acción Española* cabe destacar la recepción que hizo de Costamagna. Carlo Costamagna era catedrático de Derecho Público de la Universidad de Roma y director de una de las revistas fascistas más importantes de Derecho Político, *Lo Stato*<sup>29</sup>. Además, años más tarde Legaz declararía que era el grupo que se articulaba en torno a esta revista y su director, el que había iniciado la renovación del pensamiento jurídico en una dirección verdaderamente fascista (Legaz, 1943, p. 131). En 1931 ya había asistido en España a un Congreso de Derecho Administrativo, y dos años más tarde fue invitado por la Academia de Jurisprudencia y Legislación para disertar sobre el régimen de Mussolini. El «embajador intelectual de la construcción fascista italiana» ahora tuvo un cálido recibimiento (Fernández Cuenca, 1933, p. 541). A partir de esa última visita aparecieron en la revista dos artículos del publicista, los únicos trabajos suyos —que yo sepa— que se publicaron en castellano: «Teoría general del Estado corporativo» y «Ordenación del Estado corporativo». Es verdad que no eran originales: antiliberalismo, anti-Estado de Derecho, antisocialismo, elitismo, irracionalismo, etc. Pero expresaban sintéticamente y a las claras el espíritu del fascismo jurídico: «el fascismo propugna también el valor moral de la *voluntad* del Estado, como norma de conducta humana, se forma por obra de las voluntades selectas o superiores y se asegura por la adhesión del espíritu de la masa» (Costamagna, 1933a, p. 472). En cuanto al fin del fascismo y su Derecho era —dijo— asegurar la dignidad del hombre y de la estirpe, pero «personificada en el Estado». Luego lo dejó aun más claro: «Por encima de los derechos del hombre, reducidos a pretextos de egoismos societarios, internacionales, universales y cosmopolitas, están los derechos del pueblo, mejor, de los pueblos, que, en su realidad histórica, constituyen las grandes personalidades de la vida superior» (Costamagna, 1933b, p. 564-565)<sup>30</sup>.

Junto a Costamagna, también Giorgio Del Vecchio publicó en *Acción Española*. Esta recepción tiene especial interés no sólo porque se trataba de un

<sup>28</sup> Me refiero sobre todo a un artículo que Ramiro Ledesma publicó en la revista. «El Estado es ya para nosotros la suprema categoría», dijo, y definió a la nación como «organismo histórico». En cuanto a la organización corporativa, aseguró que tenía fines más altos que la mera solución de los conflictos, fines imperiales (LEDESMA RAMOS, 1933, pp. 585-586).

<sup>29</sup> En cuanto a la exposición del Derecho Público fascista, por cierto, en aquellos años apareció en castellano en el tratado de Garófalo (GARÓFALO, 1934).

<sup>30</sup> Años más tarde Costamagna defendería la hermandad entre el falangismo y el fascismo, pues a su juicio ambos tomaban como idea central la de la «comunidad nacional», esto es el pueblo que se hace Estado por medio del movimiento del partido único» (COSTAMAGNA, 1939, p. 168).

eminente iusfilósofo sino porque ya era conocido desde antiguo en España. Por lo que a las traducciones se refiere, nada menos que desde 1908, cuando el notario Mariano Castaño tradujo *Los supuestos filosóficos de la noción de Derecho*. Desde entonces hasta 1934, año en que publicó en la revista de la derecha radical, habían visto la luz multitud de obras suyas en castellano<sup>31</sup>. Sin embargo, nunca hasta ese momento —creo— se había hecho referencia a su militancia fascista. En la presentación que ahora hacía Mariano Puigdollers, un iusfilósofo carlista que acumularía gran poder con el franquismo<sup>32</sup>, se resaltaba el dato de su opción política: «Fascista de corazón», le llamó<sup>33</sup>. Puigdollers, empero, cuidaba de que el trabajo de Del Vecchio no se interpretara malintencionadamente, pues llevaba por título «Estado fascista y viejo régimen», y contenía un capítulo que se llamaba «Contra el medievalismo jurídico». Precisamente la Edad Media —a su juicio— había sido una «ingente labor constructiva». Entonces ¿por qué se traducía? Porque no había que confundir el medievalismo como categoría lógica y como etapa histórica. En este segundo caso, había que reivindicar la Edad Media. En el primero, en cambio, había que reaccionar contra «un Estado de absolutismo, en que la voluntad sin límite del gobernante se identifica con el Estado, y en el que los derechos están sólo en el gobernante y los deberes sólo en los gobernados, como pretendía Hobbes». Desde luego, resultaba curioso que se citara a Hobbes, al igual que era curioso que se citara a Giménez Caballero sólo porque éste hubiera señalado el objetivo, «construir una nueva catolicidad», catolicidad que probablemente no coincidiría con la que pretendía el carlista (Puigdollers, 1934, p. 850-851).

El artículo que ahora importa de Del Vecchio mantenía posturas sin duda heterodoxas tanto para otros fascistas como para los neoconservadores<sup>34</sup>. Por

<sup>31</sup> Incluso Fernando de los Ríos había prologado con tono laudatorio una obra de Del Vecchio (DEL VECCHIO, 1914, pp. 1-17) y luego lo había invitado como conferenciante a la Universidad de Granada, en 1923.

<sup>32</sup> Por cierto que, tras la guerra, un carlista asturiano defendería desde las páginas de *Lo Stato* que el Carlismo era «el mayor y más preciso fascismo» (CASARIEGO, 1940, p. 117).

<sup>33</sup> Parece que Puigdollers sentía gran atracción por el fenómeno fascista, pues en el verano de 1933 se trasladó a la Universidad de Pisa para asistir a un curso sobre Derecho Corporativo: AGA, Eyc, legajo n.º 9.610-13.

<sup>34</sup> En palabras de Raúl Morodo, en este trabajo Del Vecchio defendía «el fascismo como teoría de la modernidad “revolucionaria”, como un movimiento netamente «anti-reaccionario» y, en definitiva, como la culminación operativa del derecho natural católico»: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, cit., p. 106. La única pega que hay que poner a la descripción de Morodo es que Del Vecchio no se refería al Derecho Natural católico sino a la tradición milenaria del iusnaturalismo, sin ninguna otra especificidad. Esto resulta obvio si se tiene en cuenta que Del Vecchio provenía de otra tradición intelectual, la del neokantismo, así como su concepción del Derecho Natural, que expuso en otros lugares.

ejemplo decía que el fascismo nada tenía que ver con las políticas reaccionarias, y reivindicaba la estricta igualdad ante la ley, y el Estado de Derecho frente al «Estado absoluto y de policía»<sup>35</sup>. ¿Cómo «se puede asegurar —se preguntaba— que el Estado fascista conoce sólo deberes y no derechos; que en este Estado existen no ciudadanos, sino sólo súbditos», que no hay derechos públicos de los particulares miembros del Estado, ni «derechos de igualdad, de libertad, de asociación, etc.», como se lee en algunas obras que se autocalifican de fascistas? ¿Cómo ningún fascista —seguía— puede sentirse admirador de los escritores reaccionarios? «Las mismas consideraciones nos guían también a mirar con desconfianza el híbrido connubio, ya intentado por algunos, entre la Filosofía de Hegel y el espíritu del Fascismo» (Del Vecchio, 1934, pp. 861-862). De esta forma Del Vecchio dejaba claro que no había una única filosofía fascista; es más, sencillamente decía que no existía tal filosofía, tampoco en el caso del Derecho. «Esperemos, pues, sin impaciencia y sin desconfianza, que surja, cuando los tiempos hayan alcanzado su madurez, la filosofía jurídica del fascismo» (Del Vecchio, 1934, p. 857). Se presentaba como movimiento unitario, pero Del Vecchio demostraba que dentro del fascismo había una enorme pugna por el poder ideológico. Téngase en cuenta que Costamagna, por ejemplo, y también en España, había repudiado el Estado de Derecho, que sencillamente ya no era «un concepto vigente», dijo (Costamagna, 1933a, p. 471)<sup>36</sup>. En fin, tampoco es extraño que *Acción Española*, tras la aparición del heterodoxo artículo de Del Vecchio, publicara otro de un tal Pelayo de Zamayón, refutando la teoría jurídica del neokantiano. En pocas palabras: «Dios es el primer fundamento de todo Derecho», y la teoría delvecchiana, por ignorarlo, erraba (Zamayón, 1936, p. 40).

Pero por aquellos años siguieron apareciendo en castellano obras de Del Vecchio. Recaséns había traducido en 1935 su *Filosofía del Derecho*, donde sólo incidentalmente se vislumbraban motivos fascistas, predominando los neokantianos, y el mismo año aparecía *Crisis del Derecho y crisis del Estado*,

<sup>35</sup> Del Vecchio siempre mantuvo que el Estado fascista era un Estado de Derecho, esto es, el que reconoce que «la ley obliga por igual a los ciudadanos y a los órganos del Estado, y constituye por tanto no sólo una obligación, sino también un límite y consiguientemente una protección para aquéllos frente a éstos» (DEL VECCHIO, 1933, p. 39-42).

<sup>36</sup> Precisamente una de las cuestiones doctrinales más debatidas en la Italia de aquellos años fue la de si el fascista era o no un Estado de Derecho. Conforme a la información que proporcionaría Legaz años después, entre quienes lo negaban estaban Maggiore o Caristia, mientras que Ercole, Bodda, Rocco, Del Vecchio e, incluso, Costamagna, lo afirmaban. Panunzio, en cambio, diría que el Estado fascista era un Estado jurídico, pero no un Estado de Derecho (LEGAZ, 1940b, p. 15, n.). Acertadas reflexiones sobre el tema en Elías DÍAZ, *Estado de Derecho y sociedad democrática*, cit., pp. 71-73.

en versión de Mariano Castaño. Por cierto que éste venía a advertir que Del Vecchio era uno de los grandes, por más que hubiera tomado cierta opción política y, por lo que se pudiera pensar, advertía de que «para traducir textos talmúdicos o koránicos» no era necesario «ser judío o mahometano» (Mariano Castaño en Del Vecchio, 1935, p. 12). En este libro sí se observaba la filiación fascista del autor. A su juicio, la crisis de los últimos tiempos del Derecho y del Estado se debía al asalto del proletariado organizado. En Italia, sin embargo, los *fasci* lo habían evitado, manteniendo en gran medida un Derecho y un Estado ya existentes pero dotándolos de un nuevo espíritu (Del Vecchio, 1935, p. 131-136). Eso sí, Del Vecchio venía a combatir de nuevo la doctrina del Estado ético «en el sentido pseudo-idealista», pues no todo Estado por serlo —decía— es necesariamente justo. Sin duda creía que el fascista lo era, pero eso no había de significar ninguna confusión entre el Estado empírico y el Estado ético, el ideal «al cual el Estado empírico debe tratar de acomodarse» (Del Vecchio, 1935, p. 174). De nuevo se evidenciaba que dentro del movimiento fascista había varias corrientes doctrinales<sup>37</sup>.

## 2.2 La oposición al fascismo

Sobre todo con la República, la ideología que había arraigado en el vecino país fue duramente criticada. No me refiero al plano de la mera lucha política, donde se evidenció un enfrentamiento incluso físico, sino al de las ideas. En este ámbito fueron juristas e intelectuales socialistas y democristianos quienes más se preocuparon del combate dialéctico.

### 2.2.1 La oposición socialista

Que el socialismo se declarara beligerante contra el fascismo es algo que a nadie puede extrañar, y no sólo porque los juristas con camisa negra abominaran de esa ideología incompatible con la suya sino porque lo atacaron vio-

---

<sup>37</sup> Así lo afirmaría Legaz tras la guerra al recensionar la traducción de un libro de Del Vecchio, *El Estado nuevo y sus bases jurídicas*. Vino a decir que el neokantiano se había enfrentado en la Italia fascista «con otras ideologías que pasan por «oficiales», en las que la relajación de la tensión entre el ser y el deber ser, entre la realidad y el valor, entre el hecho y la norma, conduce a un positivismo disfrazado de idealismo, que hinca la rodilla ante el hecho sólo por ser hecho»: *Universidad* 2, 1940, p. 327.



lentamente. De hecho, el asesinato de Matteoti tuvo que suponer una tremenda conmoción para todo el socialismo democrático europeo. Sin duda hubo otras tribunas, pero quizás *Leviatán* fuera la más representativa. Allí aparecieron varios trabajos monográficos de gran interés sobre el fascismo, especialmente dos de ellos. Por una parte el de Araquistáin, que si bien es cierto que para nada se ocupaba con la doctrina del Derecho, ensayaba diversas interpretaciones del fenómeno fascista, utilizando criterios que más tarde popularizarían otros estudiosos (por ejemplo quienes mantuvieron la teoría del agente o la de la radicalización de las clases medias) (Araquistáin, 1934). Por otra, el serio y mesurado artículo de Fernando de los Ríos se proponía averiguar en qué consistía el corporativismo italiano, para lo que acudía a Costamagna. Pero la construcción fascista no pasaba de ser un camelo: «han fundado la denominación de su Estado sobre un concepto para el cual no han encontrado realidad adecuada, ya que no existen Corporaciones, y sin embargo han dado a luz el vocablo mito que levanta la credulidad». En fin —concluía—, Mussolini atacaba al capitalismo, pero lo servía «dejando intactas jurídicamente sus bases» (De los Ríos, 1934, pp. 112 y 114).

### 2.2.2 *La oposición democristiana*

Otro ámbito político donde se produjo el repudio del fascismo, también en su vertiente jurídica, fue el de la democracia cristiana. No me refiero, claro, a la derecha conservadora y clerical que halló su mejor exponente en la línea mayoritaria de la CEDA<sup>38</sup>, curiosamente fascistizada en mayor o menor grado, sino a un conjunto de pensadores que, provenientes del maurismo, se aliaron desde el primer momento con la causa republicana. Sin duda fue otra vez Ángel Ossorio y Gallardo quien encabezó este movimiento antifascista «de derechas» que siguió dedicándose a introducir a Sturzo en la doctrina española. Además por aquellos años este peculiar grupo encontró argumentos añadidos, pues si primero la Iglesia Católica y el Estado italiano llegaron a una inteligencia que culminó con los Pactos de Letrán (1929), después Pío XI firmaría la encíclica *Non abbiamo bisogno* (1931), muy crítica con el fascismo; y nada menos que la Sagrada Congregación del Santo Oficio declaró en 1934 que las obras de Benedetto Croce y, por lo que ahora importa, Giovanni Gentile, pa-

<sup>38</sup> Gil Robles sí tendría ocasión de referirse al corporativismo y, desde luego, admitía su finalidad última, lograr «la armonía de los grupos sociales» (en RUIZ ALONSO, 1937, p. 15).

saban a engrosar el *Índice*<sup>39</sup>. Parecía así que el fascismo no era bien visto desde las altas instancias vaticanas<sup>40</sup>.

Pero decía que estos pensadores seguían ocupados con la traducción de Sturzo, probablemente el político del panorama internacional que mejor les representaba. Al menos aparecieron tres artículos suyos, dos de ellos traducidos por Alfredo Mendizábal, «El Estado totalitario» y «El derecho del ciudadano en caso de guerra», y otro por F. Jardón, «Fascio lictorio y cruz gammada». Uno aparecía en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, la que dirigía Ossorio, y los otros en la bergaminiana *Cruz y Raya*, tribunas ambas de aquel pensamiento democristiano y antifascista. En cuanto al contenido de los trabajos, resultaba claro. El que únicamente se refería al fascismo de forma incidental, no sólo reconocía como legítima la objeción de conciencia sino que afirmaba que, frente al Estado, los hombres tenían derechos (Sturzo, 1936b, p. 8 y 23), se supone que naturales. Los que restan tenían más interés, pues en ellos se dedicaba Sturzo a configurar una teoría del Estado totalitario. En principio fue el italiano el que se denominó a sí mismo totalitario, pero había elementos comunes entre el caso italiano y el alemán (Sturzo, 1934, p. 8), y más tarde incluiría el soviético como ejemplo de otro Estado de ese tipo (Sturzo, 1936a, p. 27). Lo que importa es que se ayudaba a elaborar el concepto de totalitarismo, que para el democristiano exiliado se caracterizaba por lo siguiente: a) centralización administrativa, b) militarización del país, c) enseñanza monopolizada y constante propaganda al servicio de la religión que sea y d) economía dirigida (Sturzo, 1936a, pp. 28-36). Pero lo que a Sturzo le preocupaba realmente era resaltar el contencioso que existía entre el catolicismo y la ideología de Mussolini, y así lo hizo: es inaceptable —dijo— «la idea del *Estado panteísta* que se arroga la tarea y el derecho de proveer a todas las necesidades intelectuales, morales, políticas, económicas y sociales del hombre, suprimiendo o subordinando cualesquier otras actividades individuales y sociales, incluso la Iglesia, y alterando los términos de la relación con la personalidad humana, es decir, viniendo a hacerse fin del individuo cuando es el individuo quien debe ser fin del Estado»

<sup>39</sup> BOEEO, 5-XII-1934, pp. 93-94.

<sup>40</sup> Poco antes de que estallara la guerra civil en España, en *Razón y Fe*, la revista de los jesuitas, apareció un trabajo en el que se decía que la «mentalidad y la acción de Mussolini» se movía «en una órbita y un plano ideal muy diferentes de los del Pontífice Romano», y luego se afirmaba que el catolicismo y el fascismo, aunque llegaran a particulares acuerdos, nunca podrían «compenertrarse»: *Re-censión de «Mussolini, Benito, Escritos y discursos [...]»*, firmada por L.I., en *RyF* 473, junio de 1936 (pp. 271-272).

(Sturzo, 1934, p. 13). En la misma órbita, poco después Mendizábal traducía *Por un orden católico*, de Gilson, y en el estudio preliminar, titulado «Llamada al orden», con resonancias maritanianas y mounerianas, aprovechaba tanto para criticar las interesadas políticas conservadoras, como para advertir contra el fascismo, que exigía «disciplina a todo trance, aun por encima de la conciencia», y contra el patriotismo excesivo: «alerta al paganismo nacionalista», dijo (Gilson, 1936, p. XXX y XLI).

### 3. LA GUERRA CIVIL

Como era de esperar, durante la guerra el régimen de Mussolini apoyó militarmente al bando sublevado, lo que hizo que entre los partidarios de éste aumentara el entusiasmo por el combativo fascismo italiano. En el ámbito doctrinal, no es extraño que muchos juristas españoles publicaran sus trabajos en revistas italianas (Sancho Izquierdo, Garrigues, Beneyto y otros), señalando los paralelismos entre ellos. Otra vez fue el corporativismo el eje de la relación entre ambas doctrinas. Si lo que imperaba entre los rebeldes españoles era un catolicismo radicalizado que tenía en su patrimonio la doctrina corporativa y, a la vez, resultaba que los fascistas también la asumían, entonces es que los suyos eran los mismos ideales. Aunque hubo alguna polémica interna<sup>41</sup>, en momentos tan dramáticos no era bueno señalar diferencias<sup>42</sup>.

En el aspecto legislativo, en 1938 el contendiente nacionalista dictará, por medio de un decreto, la que será su más conocida norma fundamental, el Fuero del Trabajo. Amén de lo que significó para el nuevo entramado norma-

<sup>41</sup> Me refiero, por ejemplo, a la que se produjo entre Azpiazu, un jesuita corporativista, y Legaz, un iusfilósofo fuertemente fascistizado. Aunque el corporativismo católico tuviera problemas con el fascista, como el mismo Azpiazu reconocía, admiraba a Mussolini y su organización corporativa (1936, pp. 331-334). Durante la guerra trató de aunar tradición y fascismo (1937) y resolver un hipotético conflicto entre el corporativismo (católico) y el nacionalsindicalismo (fascista). En este caso concluyó diciendo que la teoría social y económica del último «o desemboca en el corporativismo o no significa nada» (1938, p. 23). En 1939 se produciría la clarificadora y partidista respuesta de Legaz. A su juicio el corporativismo designaba las tendencias políticas modernas de signo anti-liberal y anti-socialista, pero a veces también anti-totalitarias, con lo que decir que el falangismo era corporativista no aclaraba nada. El corporativismo, por otra parte, era una filosofía social compartida —decía— tanto por fascistas como por católicos. La diferencia entre éstos se hallaba en su filosofía política, pues los primeros reivindicaban el Estado totalitario, pero no los otros. La propuesta de Legaz pretendía la síntesis, un estado totalitario y católico (LEGAZ, 1939), en la línea del humanismo totalitario que defendió en aquellos años.

<sup>42</sup> Por poner un ejemplo, Álvarez Gendín, Rector de la Universidad de Oviedo, incluía el proyecto español junto con el alemán y el italiano, aunque sí apuntara que lo característico del de aquí era el ser «católico, universal, ecuménico» (ÁLVAREZ GENDÍN, 1938, p. 90).

tivo, lo que ahora importa es apuntar los influjos que recibió de la *Carta del Lavoro*<sup>43</sup>. Precisamente se iba a llamar Carta del Trabajo, no Fuero, y la opción final por esta denominación se debió a la larvada pugna existente entre las diversas familias del bando alzado en armas. Por razones obvias, fueron los falangistas los que presionaron para que se diera una norma programática de carácter social, al estilo de la italiana. Si no se admitió el nombre referido fue porque las tendencias más conservadoras, interesadas por el proyecto, que no iban a dejar en las solas manos de los otros, presionaron para que se aceptara el más tradicional de «Fuero». Al final acabó siendo un conglomerado de principios diversos, también fascistas: «sumaba de una forma apropiada la retórica falangista, los programas de la derecha en el terreno social durante la República y la tradición católica»<sup>44</sup>. En el ambiente abonado por el Fuero floreció una bibliografía que, salvo excepciones, fue tan excesiva como intrascendente; y ese mismo ambiente fue el que hizo que al año siguiente el Ministerio de Organización y Acción Sindical sacara una revista con su nombre y luego, cuando pasó a llamarse de Trabajo, con el de *Revista de Trabajo*. En ambas publicaciones, controladas por los de Falange, se observó el influjo del fascismo italiano.

#### 4. EL PRIMER FRANQUISMO: ¿AUGE DEL FASCISMO JURÍDICO?

Durante la primera posguerra siguieron apareciendo traducciones de obras que nos interesan, entre las que sin duda hay que destacar la ya clásica *Historia del movimiento fascista*, de Gioacchino Volpe (una historia *emic*, desde dentro, del fascismo<sup>45</sup>). En ella, por cierto, se expresaba cierto escepticismo ante el Derecho. A Rocco —dijo— le guiaba un sentimiento de «optimismo jurídico», por lo que otorgaba un excesivo valor a las leyes (Volpe, 1940, p. 170). Pero lo característico de los primeros años de la posguerra fue que la literatura sobre el corporativismo siguió inundando, en impresionante número, el mercado edi-

<sup>43</sup> La Carta del Trabajo fue dada el 21 de abril de 1927 por el Consejo Superior fascista, y en España hubo rápida noticia de ella por el comentario de Mossa. La Carta no tenía valor de ley sino «casi tanto» —dijo— como una Constitución, y aclaró algunas cuestiones de la teoría del Estado fascista: «el régimen fascista, que equivale al Estado (puesto que el partido fascista y el Estado son una misma cosa), la hace obligatoria para todos aquellos a quienes afecta». Luego comentaba sus normas (MOSSA, 1928, pp. 177-178). Vid. también BOTTAL, 1929, pp. 83-143.

<sup>44</sup> Javier TUSELL y Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, «El Fuero del Trabajo: origen y contenido», *La guerra civil*. 20, Madrid, Historia 16, 1986 (pp. 80-87), p. 87.

<sup>45</sup> No fue la única; también entonces apareció la de Francesco Ercole (ERCOLE, 1940).

torial. Por motivos evidentes, aquí no se puede dejar constancia de las numerosísimas obras que entonces aparecieron, escritas por españoles o traducidas sobre todo del italiano (Feroci, Biagi, por ejemplo), pero sí constatar que los momentos de fervor bélico y posbélico convirtieron en una moda pasajera la doctrina de las corporaciones.

El trabajo sobre el fascismo jurídico más importante que apareció en la posguerra fue el que Legaz dedicó a Gentile<sup>46</sup>. «La filosofía jurídica de Giovanni Gentile» se publicó en la Revista de la Universidad de Santiago en 1941 y, aún hoy, constituye una fuente imprescindible para adentrarse en el pensamiento del idealista. Además Legaz apuntaba lo que a estas alturas ya tiene que resultar obvio, que si Gentile fue durante tiempo el «filósofo oficial» del fascismo<sup>47</sup>, cuando comenzaba la década de los cuarenta ya no lo era, y tenía que soportar las críticas de otros fascistas que le acusaban, nada menos, que de ser el causante de que la Italia de Mussolini careciera de una filosofía jurídica propia (Costamagna). Sin embargo, el pensamiento de Gentile —advertía Legaz— se adecuaba perfectamente al movimiento fascista, pues su actualismo activista encajaba perfectamente con un espíritu «antinormativista, revolucionario, creador y exaltador de la acción». Así, en Gentile se apreciaba la contradicción en la que vivía el fascismo jurídico, pues resultaba curioso que a la vez el Derecho, la «existencia de la libertad», y el Estado, que «encierra en sí los más altos valores espirituales», adquirieran tan gran significación. La crítica de Legaz coincidirá con la de Del Vecchio. «Sólo en un sentido podría afirmarse con verdad que el Estado es la libertad realizada y objetivada del hombre —decía Legaz—: en la idea, es decir, como un deber ser» (Legaz, 1941)<sup>48</sup>.

Pero el iusfilósofo italiano más recibido en la posguerra, y con todos los honores, fue Giorgio Del Vecchio. En 1939 apareció *El Estado nuevo y sus ba-*

<sup>46</sup> Legaz tuvo un amplio conocimiento de la doctrina fascista, y la utilizó en su construcción intelectual. Sobre todo tuvo en cuenta a Panunzio, quien había señalado las notas características del fascismo, notas que según Legaz también servían para definir el nacional-sindicalismo español: afirmación radical del Estado e instauración de un nuevo orden laboral (LEGAZ, 1940c, pp. 159-160). Panunzio, por cierto, fue el teórico más importante del fascismo durante la década de los veinte, si bien luego fue «eclipsado» por Gentile [Zeev STERNHELL, Mario SZNAJDER y Maia ASHERI, *El nacimiento de la ideología fascista* (trad. por Octavi Pellisa), Madrid, Siglo Veintiuno, 1989 (418 pp.), p. 42].

<sup>47</sup> El título de «filósofo oficial» le quedaría a Gentile para la posteridad: vid. Zeev STERNHELL, Mario SZNAJDER y Maia ASHERI, *El nacimiento de la ideología fascista*, cit., p. 187.

<sup>48</sup> Una exposición sintética de este trabajo se encuentra en el prólogo que Legaz realizó a la traducción de un libro de Gentile, *Los fundamentos de la filosofía del Derecho*, que apareció en Buenos Aires (GENTILE, 1944).

*ses jurídicas*, en edición de Beneyto <sup>49</sup>, y luego se reeditó la *Filosofía del Derecho*, y se publicaron otras dos obras que tradujo Eustaquio Galán. Por lo que al fascismo se refiere, Del Vecchio defendía en español lo que ya sabemos. En palabras de Legaz, que ese movimiento significaba la «reafirmación de los valores eternos del espíritu y especialmente de los derechos fundamentales de la persona unificados en el ámbito nacional y en el «Estado de Derecho» (Legaz, en Del Vecchio, 1942a, p. 14) <sup>50</sup>. Parece que Del Vecchio había dado su apoyo a los sublevados el 18 de julio (Beneyto en Del Vecchio, 1939, p. 7), así que por una cuestión de hermandad política era lógico que se le tradujera, y más si tenemos en cuenta que se trataba de uno de los grandes filósofos del Derecho europeos. Eso sí, su pensamiento jurídico en medida alguna puede ser llamado fascista. Desde luego, Del Vecchio tenía en alta estima el Derecho, si bien repudiaba a un hipotético *homo juridicus*, aquel que intentaba «regular toda la vida humana en la forma exclusiva del Derecho» (Del Vecchio, 1942c, p. 97) <sup>51</sup>. Creo que ya he dicho que se trataba de un neokantiano más o menos remozado, y por eso extraña que la recepción fuera tan entusiasta. ¿Qué factores hicieron que se admirara tanto a Del Vecchio, cuando su doctrina se enfrentaba en fundamentales aspectos con la que era mayoritaria en España? Las diversas biografías suyas que se publicaron por estos años lo explican. Políticamente era afín y, lo que es más importante, también compartía el credo religioso: Del Vecchio se había convertido al catolicismo recientemente. Aun así, y por lo que pudiera pasar, tanto Legaz como Galán informaban de que Pío XI había escrito al italiano manifestándole su agrado por encontrar en sus obras «huellas no lánguidas» de la *philosophia perennis* (Legaz en Del Vecchio, 1942a, pp. 12-13; Galán en Del Vecchio, 1942c, p. 26). No será suficiente, y años más tarde

<sup>49</sup> Tal vez fue Juan Beneyto Pérez el politólogo más interesado en importar la ideología fascista de Mussolini, a quien también tradujo, por cierto (MUSSOLINI, 1943). Que tenía contacto con Italia lo demuestra el hecho de que Arrigo Solmi, ministro de Justicia después de Rocco, prologó uno de sus libros (BENEYTO, 1939). Sin duda depositó demasiadas esperanzas en el fascismo: «Benito Mussolini ha dado la más genial réplica de la unidad, la jerarquía y la tradición, frente al liberalismo, la democracia y el racionalismo. Mussolini no sólo ha transformado el Estado y el derecho público, sino la vida misma, cambiando el propio eje de la Historia» (BENEYTO y COSTA, 1939, p. 26).

<sup>50</sup> Por cierto que Legaz criticó la afirmación conforme a la cual el fascista era un Estado de Derecho. Desde luego, valía si se admitía que todo Estado era Estado de Derecho, como decía Kelsen, pero no era admisible si se concebía el Estado de Derecho como categoría histórica, pues entonces se identificaba con el liberalismo (LEGAZ, 1940a, pp. 113-114). Más expresamente, para Legaz el Estado de Derecho sería la realización jurídica de la idea política liberal, mientras que parecía aceptar que el Estado corporativo era la traducción jurídica del fascismo (LEGAZ, 1940b, p. 19).

<sup>51</sup> En España fue Legaz quien mostró las carencias del *homo juridicus*: «no hay ningún hombre que se mueva por motivos exclusivamente jurídicos», dijo (LEGAZ, 1940b, p. 74).

un jesuita, Gabino Márquez, se quejará públicamente de la difusión de sus libros: hemos «recibido la grata noticia de la conversión de Giorgio del Vecchio —decía—; pero la abjuración de sus errores, que suponemos habrá hecho, no ha llegado a las versiones españolas, que andan en manos de los estudiantes y éstas son las que nosotros criticamos» (Márquez, 1949, p. 254, n.). En fin, en cualquier caso Del Vecchio tenía unas cuantas ideas sobre el movimiento de Mussolini, al que perteneció desde bien pronto, pero eso no autoriza a creer que fue la suya una filosofía jurídica fascista<sup>52</sup>. Probablemente, como el mismo Del Vecchio dijo, no existía.

Ya en 1943 Legaz publicará su mayor obra de esta época, sin duda la mejor de las que aparecieron firmadas por los filósofos del Derecho españoles de aquel período. En ella apuntaba una nota fundamental de la ideología del fascismo jurídico, la crítica a la seguridad jurídica por ser un valor burgués: «Donde, como en el fascismo italiano, se profese como lema el *vivere pericolosamente*, el vivir en peligro, no se puede sentir gran estimación hacia la idea de seguridad, que parece indisolublemente unida a un concepto antiheroico de vida cómoda». Además exponía cuál era el estado de la teoría jurídica de la Italia fascista, que seguía siendo tradicional<sup>53</sup>: «Sólo en estos últimos años, en el círculo de la revista *Lo Stato*, que acaudilla Carlo Costamagna, se ha iniciado una fuerte reacción contra el “tradicionalismo” científico-jurídico y otra no menor contra el predominio intelectual de Giovanni Gentile, llamado el filósofo oficial del fascismo, al que se acusa precisamente de haber sido, con su obra al frente del Ministerio de Educación Nacional, el principal causante de que el pensamiento fascista no haya tenido en general la más mínima eficiencia renovadora sobre los estudios del Derecho» (Legaz, 1943, p. 444 y 131). Sin embargo, si de veras intentaban una renovación los juristas de Mussolini, en 1943 ya era demasiado tarde.

El fascismo jurídico no logró nunca una formulación precisa y, además, el influjo que tuvo en España fue menor, por lo que no es difícil imaginar lo que ocurrió tras el triunfo aliado en la segunda gran guerra. No sólo se repudió a los perdedores sino que se afirmó con convicción que la ideología jurídica y política española siempre había sido personalista, antitotalitaria y católica. En términos generales no es que no fuera cierto, pero lo que ahora se presentaba

<sup>52</sup> Esto se evidencia por el hecho de que se podía exponer su doctrina sin hacer ninguna referencia a su militancia política, como aquí hicieron antes de la guerra civil Luis Recaséns o Eustaquio Galán.

<sup>53</sup> Realmente Legaz estaba rectificando la opinión que había mantenido años atrás, cuando afirmaba que el fascismo había «creado igualmente un sistema e incluso una concepción nueva de lo jurídico» (LEGAZ, 1934, p. 14).

como contradictorio, hasta entonces sólo unos pocos, en muchos casos clérigos de estricta observancia<sup>54</sup>, lo habían tenido por incompatible.

## 5. CONCLUSIÓN: NOTAS DE LA FILOSOFÍA JURÍDICA FASCISTA QUE SE RECIBIÓ EN ESPAÑA

La imagen que uno puede forjarse del fascismo jurídico por el estudio de su introducción en España es sin duda difusa, poco clara más allá de ciertas directrices generalísimas. Para empezar porque el fascismo no parecía tener en alta estima ni el Derecho ni el pensamiento. Claro que depende de qué líderes fascistas, pero mayoritariamente primó en ellos el culto por la acción, por la eficacia, incluso por la violencia, y se despreció en cambio la vida jurídica por limitadora y poco atractiva. En este sentido, el caso de Del Vecchio sólo puede ser considerado como peculiar, y ya se ha dicho que su filosofía jurídica no puede calificarse en medida alguna de fascista. Ahora bien, una vez que sintieron la necesidad de estabilizarse, comenzaron a proclamar la urgencia de la doctrina y del Derecho, pero siempre desde parámetros románticos, anti-intelectualistas, por lo que se teorizó sobre el Derecho en perspectiva voluntarista, lo que no era ajeno a su jerárquica concepción de la sociedad. El culto al *Duce* no fue otra cosa que el ápice de una cosmovisión anti-igualitaria. En este sentido, su teoría social y política, lo que tenía traducción en la jurídica, fue ante todo anti-, anti-liberal y anti-socialista. Contra ellos, el corporativismo, y con él el nuevo Derecho corporativo, se presentó como la institucionalización jurídica del mismo organicismo social que propugnaban, radicalmente nacionalista y estatista. Es curioso que así quienes parecían despreciar el Derecho, por medio de la doctrina totalitaria acabaran santificándolo.

Aunque tuvieron una limitada recepción, esas ideas abstractas que los fascistas tenían sobre el Derecho, en España carecían de atractivo, al menos como regla general. Desde principios de los años veinte hasta el estallido de la guerra civil, aquí predominó un pensamiento jurídico tradicional que iba desde la Escolástica hasta el liberalismo, a veces aunados. Tras la guerra, en cambio,

---

<sup>54</sup> Sobre todo en *Ciencia Tomista*, la revista de los dominicos, hubo veladas críticas hacia el fascismo italiano: *vid.*, entre otras, recensión de «*Mussolini*», por Jorge Pini [...], firmada por L.D., en CT 184, tomo 59, 1940 (pp. 386-387); recensión de «*Corporativismo*», por Félix Restrego S.J. [...], firmada por I.F., en CT 183, tomo 60, 1940 (pp. 239-240); recensión de «Hegel: *Lezioni sulla Filosofia della Storia. Volume primo: La Razionalità della Storia* [...]», firmada por Guillermo Fraile en CT 197, tomo 63, 1942 (p. 82). Expresa o tácitamente, se solía afirmar lo lejos que se hallaba el pensamiento fascista de la filosofía cristiana.



los filósofos católicos lucharon por desarraigar cualquier raíz liberal, mientras casi todos defendían una vuelta a Tomás de Aquino, y éste, aunque hubo quien dijera lo contrario, tenía poco de fascista. De vez en cuando algún clérigo alzaba la voz, pero la escasa introducción que tuvo se logró de la única forma posible, silenciando lo que no gustaba y resaltando los paralelismos corporativos, lo que sirvió para que al término de la guerra mundial el régimen franquista se desentendiera de los derrotados; al fin y al cabo era cierto que, en términos generales, su filosofía política, social y jurídica era distinta. Otra cosa fue la práctica.

## 6. ABREVIATURAS

AE	<i>Acción Española.</i>
AFD	<i>Anuario de Filosofía del Derecho.</i>
AGA	<i>Archivo General de la Administración.</i>
BDUSdC	<i>Boletín de Derecho de la Universidad de Santiago de Compostela.</i>
BOEOO	<i>Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Oviedo.</i>
CF	<i>Crítica Fascista.</i>
CT	<i>Ciencia Tomista.</i>
CyR	<i>Cruz y Raya.</i>
EyC	<i>Sección de Educación y Ciencia.</i>
LS	<i>Lo Stato.</i>
LVI	<i>La Vie Intellectuelle.</i>
RDP	<i>Revista de Derecho Privado.</i>
RDPub	<i>Revista de Derecho Público.</i>
RdT	<i>Revista de Trabajo.</i>
RGLJ	<i>Revista General de Legislación y Jurisprudencia.</i>
RIFD	<i>Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto.</i>
RPS	<i>Revista de Política Social.</i>
RyF	<i>Razón y Fe.</i>

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Emiliano, 1934, «Bajo el signo del fascismo», *AE*, 44, 1-I-1934, pp. 794-805.
- ÁLVAREZ GENDÍN, Sabino, 1938, *Los Estados modernos totalitarios*, Oviedo, Imp. La Cruz, 1938, 91 pp.

- ARAQUISTAIN, Luis, 1934, «Condotieros y fascistas», *Leviatán*, 2, junio de 1934, pp. 42-48.
- AUNOS PÉREZ, Eduardo, 1930, *Estudios de Derecho Corporativo*, Madrid, Reus, 1930, 354 pp.
- , 1944, *La política social de la dictadura*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1944, 144 pp.
- AZPIAZU, Joaquín, 1936, *El Estado corporativo* (2.<sup>a</sup> ed.), Madrid, Razón y Fe, 1936, 373 pp.
- , 1937, «Estado tradicional y Estado totalitario», *RyF*, 112, 1937, pp. 181-192.
- , 1938, *¿Corporativismo o Nacional-Sindicalismo?*, Pamplona, Ed. Navarra, 1938, 32 pp.
- BENEYTO PÉREZ, Juan, 1939, *El nuevo Estado español. El régimen nacional sindicalista ante la tradición y los demás sistemas totalitarios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1939, 267 pp.
- BENEYTO PÉREZ, Juan y COSTA SERRANO, José M.<sup>a</sup>, 1939, *El Partido. Estructura e historia del Derecho Público totalitario, con especial referencia al Régimen español*, Zaragoza, Colección Hispania, 1939, 245 pp.
- BOSELLI, Carlo, 1925, «La Spagna, Primo de Rivera e il fascismo», *CF*, 1925, pp. 243-248 y 266-268.
- BOTTAI, José, 1929, *Experiencia corporativa* (¿trad. por F. Rivera Pastor?), Madrid, Ministerio de Trabajo y Previsión, 1929, 158 pp.
- CAMBÓ, Francisco, 1925, *En torno al fascismo italiano. Meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea* (pról. de Ángel Ossorio), Barcelona, Ed. Catalana, 1925, 219 pp.
- CASARIEGO, Jesús Evaristo, 1940, «Carlismo e Fascismo», *LS*, 1940, pp. 117-123.
- CLAVEL, Vicente, 1923, *El fascismo. Ideario de Benito Mussolini*, Barcelona, Ed. Cervantes, 1923, 221 pp.
- COSTAMAGNA, Carlo, 1933a, «Teoría general del Estado corporativo», *AE*, 29, 16-V-1933, pp. 465-478.
- , 1933b, «Ordenación del Estado corporativo», *AE*, 36, vol. VI, 1-IX-1933, pp. 550-565.
- COSTAMAGNA, Carlo, 1939, «Dottrina spagnola dello Stato totalitario», *LS*, 1939, pp. 168-170.
- CUELLO CALÓN, Eugenio, 1927, «El proyecto de Código penal italiano del Gobierno fascista», *RGLJ*, vol. 151, diciembre de 1927, pp. 606-627.

DE ALVIAL, Hernando, 1938, *Manual del fascismo. Historia. Doctrina. Realizaciones*, Granada, Ediciones Imperio, 1938, 291 pp.

DE LA PLAZA, Manuel, 1941, «El nuevo código italiano de procedimiento civil (Sus antecedentes y sus directrices)», *RDP*, 298, diciembre de 1941, pp. 517-534.

DE LOS RÍOS, Fernando, 1934, «¿Hacia el Estado corporativo?», *Leviatán*, 2, junio de 1934, pp. 9-122.

DE LOS RÍOS, Fernando; GÓMEZ GONZÁLEZ, Mariano; ARIAS DE VELASCO, J. y RUIZ DEL CASTILLO, Carlos, 1926, «Las leyes superfascistas», *RGLJ*, vol. 148, 1926, pp. 7-18.

DE ZAMAYÓN, Pelayo, 1936, «El primer fundamento del Derecho (Refutaciones de la teoría de Giorgio Del Vecchio)», *AE*, 84, 85 y 86, febrero, marzo y abril de 1936 resp., pp. 346-370, 539-554 y 22-43 resp.

DEL VECCHIO, Giorgio, 1914, *Los derechos del hombre y el contrato social* (trad. por Marino Castaño, prólogo de Fernando de los Ríos), Madrid, Hijos de Reus, 1914, 238 pp.

—, 1933, *Los principios generales del Derecho* (trad. por Juan Ossorio Morales), Barcelona, Bosch, 1933, 96 pp.

—, 1934, «Estado fascista y viejo régimen», *AE*, 45, vol. VIII, 16-I-34, pp. 852-863.

—, 1935, *Crisis del Derecho y crisis del Estado* (trad. por Mariano Castaño), Madrid, Victoriano Suárez, 1935, 232 pp.

—, 1939, *El Estado nuevo y sus bases jurídicas* (trad. por Juan Beneyto Pérez), Valladolid, Librería Santarén, 1939, 144 pp.

—, 1942a, *Filosofía del Derecho* (trad. por Luis Recaséns Siches, y estudio preliminar por Luis Legaz Lacambra), Barcelona, Bosch, 1942, 502 pp.

—, 1942b, *Hechos y doctrinas. Escritos filosóficos, jurídicos y literarios* (trad. y estudio preliminar por Eustaquio Galán; prólogo de Mariano Puigdollers), Madrid, Reus, 1942, 198 pp.

—, 1942c, *Derecho y vida (Nuevos ensayos de filosofía jurídica)* (trad. y Estudio Preliminar por Eustaquio Galán; prólogo de Luis Legaz), Barcelona, Bosch, 1942, 181 pp.

DELICH, Silvio, 1923, «Italia e Spagna», *CF*, 1923, pp. 221-222.

ERCOLE, Francesco, 1940, *La revolución fascista* (trad. por Luis Prieto Castro; reducción y prólogo por Salvatore Villari), Zaragoza, Librería General, 1940, 221 pp.

- FERNÁNDEZ CUENCA, Carlos, 1933, «El profesor Costamagna», *AE*, 29, vol. V, 16-V-1933, pp. 540-542.
- GARCITORAL, Alicia, 1930, *Italia con camisa negra. Ensayos*, Madrid, Zeus, 1930, 252 pp.
- GARÓFALO, Pietro, 1934, *Principios de Derecho Constitucional y Organización Política del Estado fascista italiano* (trad. por Faustino Menéndez Pidal), Madrid, Centro Editorial Góngora, 1934, 261 pp.
- GAY, Vicente, 1933a, *Qué es el socialismo. Qué es el marxismo. Qué es el fascismo. La lucha de las tres doctrinas*, Barcelona, Bosch, 1933, 419 pp.
- GENTILE, Giovanni, 1936, *El ideal de la educación* (trad. e introd. por Orenacio Muñoz), Madrid, Revista de Pedagogía, 1936, 98 pp.
- , 1944, *Los fundamentos de la filosofía del Derecho* (trad. por Ernesto Campolongo; prólogo por Luis Legaz), Buenos Aires, Losada, 1944, 180 pp.
- GILSON, Etienne, 1936, *Por un orden católico* (trad. por José Antonio Maravall, prólogo por José Bergamín y estudio por Alfredo Mendizábal), Madrid, Ediciones del Árbol, 1936.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, 1932, «Repercussioni del fascismo in Spagna», *Gerarchia*, 1932, pp. 832-842.
- , 1933, *La Nueva Catolicidad. Teoría General sobre el Fascismo en Europa y en España*, Madrid, Ediciones de la *Gaceta literaria*, 1933 (2.ª ed.), 217 pp.
- JEMOLO, Arturo Carlo, 1929, «El nuevo Derecho matrimonial italiano», *RGLJ*, vol. 155, octubre de 1929, pp. 347-365.
- LEDESMA RAMOS, Ramiro, 1933, «Ideas sobre el Estado», *AE*, 24, vol. IV, 1-III-1933, pp. 581-587.
- LEGAZ LACAMBRA, Luis, 1934, *El Estado de Derecho en la actualidad (Una aportación a la teoría de la juridicidad)*, Madrid, Reus, 1934, 88 pp.
- , 1939, «Corporativismo y Nacional-Sindicalismo», en Luis LEGAZ LACAMBRA y Bartolomé ARAGÓN GÓMEZ, *4 Estudios sobre sindicalismo vertical*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1939, pp. 25-56.
- , 1940a, «La plenitud del orden jurídico», *RCDI*, 142, marzo de 1940, pp. 112-129.
- , 1940b, *Introducción a la teoría del Estado nacional-sindicalista*, Barcelona, Bosch, 1940, 262 pp.

- LEGAZ LACAMBRA, Luis, 1940c, *Estudios de doctrina jurídica y social*, Barcelona, Bosch, 1940, 266 pp.
- , «La filosofía jurídica de Giovanni Gentile», *BDUSdC*, enero-marzo de 1941, pp. 21-61.
- , 1942b, «En busca de una Filosofía actual (Los fundamentos metafísicos de la Filosofía del Derecho y del Estado)», *Universidad*, 3, 1942, pp. 450-466 y 628-644.
- , 1943, *Introducción a la ciencia del Derecho*, Barcelona, Bosch, 1943, 639 pp.
- LUDWIG, Emil, 1932, *Conversaciones con Mussolini* (trad. por Gonzalo de Reparaz, hijo), Barcelona, Juventud, 1932, 222 pp.
- MALAPARTE, Curzio, 1929, *En torno al casticismo de Italia* (trad. y prólogo por Ernesto Giménez Caballero), Madrid, R. Caro Raggio, 1929, XXVII más 156 pp.
- MARQUÉS DE LA ELISEDA, 1935, *Fascismo, Catolicismo, Monarquía*, San Sebastián, Impresión MANUL, 1935, 207 pp.
- MENDIZÁBAL, Alfredo, 1935, «Une "Catholicité" fasciste en face du Catholicisme chrétien», *LVI*, 1, 25 de noviembre de 1935, vol. XXXIX, pp. 47-54.
- MÁRQUEZ, Gabino, 1949, *Filosofía del Derecho*, Madrid, Studium de Cultura, 1949, 401 pp.
- MOSSA, Lorenzo, 1925, «Reseña bibliográfica de la Legislación, Bibliografía y Jurisprudencia del Derecho Privado italiano durante el año 1924», *RDP*, 142 y 143, julio y agosto de 1925, pp. 209-223.
- , 1928, «Reseña de legislación, doctrina y jurisprudencia italianas en materia de Derecho privado, durante el año 1927», *RDP*, 117, 15-VI-1928, pp. 177-194.
- , 1933, «Las conferencias del Profesor Mossa en la Universidad Central (Pronunciadas los días 29 y 31 de marzo y 1 de abril)», *RDP*, 238 y 239, julio y agosto de 1933, pp. 248-258.
- MUSSOLINI, Benito, 1934a, *El fascismo expuesto por Mussolini* (Recopilación de Introducción por Edmundo González-Blanco), Madrid, Agencia General de Librerías y Artes Gráficas, 1935, 304 pp.
- , 1934b, *El fascismo. Su doctrina, fundamentos y normas legislativas en el orden sindical, corporativo, económico y político* (trad. por V. P. S., prólogo y epílogo de J. A. Primo de Rivera y J. Ruiz de Alda), Madrid, Librería de San Martín, 1934, 283 pp.
- , 1935, *Escritos y Discursos* (trad. por Enrique Massaguer y Francisco Hostenchi), Barcelona, Bosch, 1935, 8 vols.

- MUSSOLINI, Benito, 1943, *Hablo con Bruno* (trad. por Juan Beneyto), Madrid, Candiani Editor, 1943, 202 pp.
- OSSORIO y GALLARDO, Ángel, 1925, «Retorno al absolutismo», *RGLJ*, vol. 147, 1925, pp. 534-547.
- OSSORIO y GALLARDO, Ángel, 1928, *Un libro del abate Sturzo*, Madrid, Estudios Políticos, Sociales y Económicos, 1928, 258 pp.
- PÉREZ BUENO, Fernando, 1925, *Actualidad política. Profecía de la dictadura. Inteligencia e intelectualismo. Patria única (Artículos y discursos). 1904-1921*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1925, 139 pp.
- PICCOLI, Valentino, 1938, *Italia, Alemania y España contra el comunismo*, Santander, Cultura Española, 1938, 214 pp.
- PRADERA, Víctor, 1932, «La ley», *AE*, 19, vol. IV, 16-XII-1932, pp. 10-21.
- PRIMO DE RIVERA, José Antonio, 1964, *Textos de Doctrina Política*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de FET y de las JONS, 1964, 1.153 pp.
- PUIGDOLLERS, Mariano, 1934, «Giorgio Del Vecchio», *AE*, 45, 16-I-1934, pp. 849-851.
- RIVERA PASTOR, Francisco, 1928, «Un decreto fascista sobre las Oficinas de Colocación», *RPS*, 10, octubre de 1928, pp. 77-80.
- , 1929, «José Bottai», en BOTTAI, 1929, pp. VII-XII.
- ROMANUS, 1924, «La crisis fascista en Italia», *RGLJ*, vol. 145, 1924, pp. 668-678.
- ROYO VILLANOVA, Segismundo, 1941, «Lo contencioso administrativo en los Estados totalitarios», *RGLJ*, 4, octubre de 1941, pp. 307-339.
- RUIZ ALONSO, Ramón, 1937, *Corporativismo* (prólogo de J. M.<sup>a</sup> Gil Robles), Salamanca, el autor, 1937, 269 pp.
- RUSSO, Domenico, 1924, *Mussolini y el fascismo* (trad. por Álvaro Gil), Madrid, Ed. Voluntad, 1924, 212 pp.
- STURZO, Luigi, 1930, *Italia y el fascismo* (trad. por Mariano Ruiz-Funes), Madrid, Reus, 1930, 241 pp.
- , 1933, «Fascio lictorio y cruz gammada» (trad. por F. Jardón), *CyR*, 10, enero de 1934, pp. 3-20.
- 1936a, «El Estado totalitario» (trad. por Alfredo Mendizábal), *CyR*, 28, julio de 1935, pp. 9-39.
- , 1936b, «El derecho del ciudadano en caso de guerra» (trad. por Alfredo Mendizábal), *RGLJ*, 1, enero de 1936, pp. 7-25.



- VALENTE, G. B., 1926, «La organización corporativa del Estado en Italia», *RGLJ*, vol. 149, 1926, pp. 482-494.
- VOLPE, Gioacchino, 1940, *Historia del movimiento fascista* (trad. por A. Dabini), Roma, Novissima, 1940, 286 pp.
- WULDERK, Pietro Giovannini, 1932, «La “Carta del Trabajo”, en la Italia fascista», *AE*, 12, vol. II, 1-VI-32, pp. 639-650.

